

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

A. VILLENTÉ



LA CIUDAD PROHIBIDA

POR
NORMA TALMADGE, THOMÁS MEIGHAN,

Nº 87

ETC.

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 7:9. - Barcelona

Año II

N.º 87

La Ciudad Prohibida

Sentimental producción americana.

de la que son protagonistas

NORMA TALMADGE

(en los róles de San-San y Toy)

y

THOMAS MEIGHAN



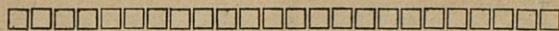
Exclusivas TRUFIL

Concesionario

J. LLATJÓS PRUNÉS

Rambla de San José, 27, 1.^o

BARCELONA



La Ciudad Prohibida

Argumento de la película



China, el país de las mil y una noches.
Pekín, Corte del Imperio.

Wong-Li, mandarín despojado de sus bienes
y honores por el Emperador, vivía aislado, con
su hija, la candorosa San-San, en la única casa
que le quedaba de su antes cuantioso patrimonio.

Los niños de los vecinos de los alrededores
adoraban a San-San, porque ésta, a pesar de sus
años primaverales, tenía un carácter infantil,
como si fuera del mismo tiempo que ellos.

Todos los días la doncella-niña reunía en tor-
no a sí a sus amiguitos y, cual una institutriz,
les enseñaba a amar la vida, paseándose por el
amplio jardín de su magnífica morada.

Los niños, como los perros, permanecen fieles
a los que los acarician, y algo así ocurría con
San-San y los pequeños.

Wong-Li, para ayudarse a sostener a flote su casa, se dedicaba a ocupaciones lucrativas, ora en su hogar, ora fuera de él. Gracias a sus sólidos estudios le era posible dar lecciones de varias asignaturas.

Uno de los alumnos que iban a su casa era John Warden, secretario auxiliar del Embajador de los Estados Unidos.

Cada día, Warden, al atravesar el jardín de la residencia del arruinado mandarín, se entretenía, sin ser visto muchas veces, en contemplar a San-San en sus juegos con los niños, y se le llenaba el alma de una alegría indescriptible. San-San se le antojaba al joven secretario un hada buena que aquellos niños habían encontrado en su corto camino para ser felices.

Aquella mañana, Warden, al llegar al jardín, dirigióse sin detenerse hacia un escondido lugar donde se alzaba, como adorno, la figura de un buho de regulares dimensiones, hueco por dentro, como si fuera una maceta original para plantas o flores, pues podía llenarse de tierra por la parte dorsal.

Warden traía consigo varios juguetes, y los depositó dentro del buho, donde otras veces había puesto también algo.

Poco después, San-San y los niños, mientras el simpático diplomático desaparecía hacia la casa, rodeaban el buho de adorno, y llenos de risas y dando gritos de felicidad, fueron sacando

los juguetes. Había uno para cada uno. Eran muñecas y muñecos: chinitas y chinitos.

—¿Estáis contentos, amiguitos? — preguntóles San-San.



—¡Nos quiere mucho! — repitió San-San.

—Sí, muy contentos. El americano nos quiere mucho.

—¡Nos quiere mucho! — repitió San-San. Y, cosa sorprendente, sintió, al pronunciar la palabra "quiere", como una caricia en su corazón.

—Siempre nos trae juguetes. Es muy bueno el americano — añadió el mismo niño.

—Sí, sí... Es muy bueno... Debéis quererle mucho...

—¿Y tú, ¿no le quieles, San-San?

—¿Yo?... ¡Pues claro! Le quiero mucho, mucho, como a vosotros.

—El también te quieles. Siempre que te ve sonríe.

—Sus sonrisas son para todos por igual.

—Pélo a ti te mila mucho.

—Bueno, bueno. A ver si os vais a poner celosos... Vamos a jugar, ¿queréis?

Los niños reanudaron sus juegos, dirigidos por San-San, pero ésta se alejaba íntimamente de ellos para pensar en Warden, en el hombre que cuando la miraba sonreía sin cesar...

El secretario de la Embajada Americana se hallaba, en tanto, dando una lección de chino con Wong-Li. Los endemoniados caracteres mareaban a Warden, poniéndole cada vez más nervioso.

Pero no era sólo la lección lo que le hacía pasar un mal rato, sino el deseo de volver a ver pronto a San-San.

Transcurrió media hora más, y, de pronto, cuando Wong-Li, creyendo que su discípulo se lo agradecería mucho, le estaba leyendo varios documentos chinos, Warden volvió la cabeza hacia un lado de la habitación y vió a San-San asomando su rostro por encima de un biombo, detrás del cual estaba subida a una silla; y vió

7
también a alguno de los niños, todos mostrándole, como en un teatrito de títeres, los muñecos por él regalados.

Warden no escuchaba a Wong-Li ni estaba



Los endemoniados caracteres mareaban a Warden...

dispuesto a soportar por más tiempo, aquel día, la lección de chino.

San-San, clavando en él sus ojos soñadores, parecía invitarle a seguirle hacia el jardín; y Warden ardía en deseos de hacerlo.

Pronto se le presentó ocasión para ello, al recibir Wong-Li la visita de su amigo Ching-Li, personaje influyente en la Corte.

—Con su permiso — dijo levantándose de su silla—. Daré un paseo por el jardín mientras ustedes hablan.

Los niños y San-San, conducidos por ella, oraban ante la efigie de su dios. Aquéllos, inconscientes, no sabían a punto fijo por qué su hada buena les había obligado a sacrificar una parte de su tiempo de juego para adorar a su ídolo, y deseaban que las reverencias y los besos en el suelo cesaran a la mayor brevedad.

Pero San-San parecía haberse olvidado de sus amiguitos por lo muy ensimismada que estaba delante de su dios, al que tenía que pedir una gracia extraordinaria.

Warden, advirtiendo a San-San en el fondo del jardín, a los pies del ídolo, sonrió al suponer lo que estaba implorando la delicada chinita, y aproximóse tan silenciosamente como si tuviera alas invisibles.

Los labios de San-San murmuraban palabras nuevas para ellos pero que en su corazón habían sido pronunciadas otras veces desde que conociera a Warden.

—¡Le quiero, sí, pero temo quererle! ¿Verdad que es un imposible que yo le quiera? — decía.

Warden, al alcanzar a los niños, que estaban

detrás de San-San, les hizo seña de que se callaran y se apartasen de allí sin que ella les oyese.

Los niños, que por su buen amigo harían muchas cosas, le obedecieron sin vacilar, y a poco San-San quedaba sola frente a su dios, suplicándole la iluminase en trance tan complicado para ella y su puro corazón como el de sentirse inclinada a Warden.

Los niños, ocultos detrás de unos árboles, se disponían a ver algo importante, y no se equivocaban, pero al apercibirse de que Warden les miraba con cierto reproche, comprendieron que debían desaparecer, y lo hicieron.

Warden habíase colocado junto a San-San, y cuando ésta iba a inclinarse de nuevo ante su ídolo, la detuvo en el gesto y la estrechó contra sí.

—¡San-San hermosa! ¿Qué cuitas le estás contando a tu dios?

San-San no supo qué responder a su amado. La emoción se lo impedía. Limitábase a mirarle con ternura, reflejándose en sus bellas pupilas la sed de amarle que la abrasaba.

—Tu dios no puede desatender una súplica de tus labios, mi querida niña. Te quiero como sólo se quiere una vez en la vida.

—¡No, no!

—No te apartes... Tus ojos me están diciendo que deseabas que llegara este momento. Mi co-

razón, atraído por el tuyo, se rinde ante tu bondad y tu hermosura. San-San de mi ilusión, te quiero mucho.

—No es posible... no es posible...

—No temas... Cree en mí...

—Los sabios dicen que una muchacha del
Este no se casa nunca con un extranjero.

—¡Tonterías! El amor no reconoce fronteras. Yo te amo, San-San, porque eres la mujer que Dios me ha destinado.

—Yo también te amo.

Wong-Li, ajeno a la entrega que de su corazón hacia San-San a Warden, hablaba de ella con Ching-Li.

—Si deseo mi rehabilitación es por mi hija, para que tenga honores.

—He hablado de ti al Emperador, y he podido comprobar que su cólera está aún en contra tuya... pero hay un medio para aplacársela.

—;Cuál? ;Está dentro de mis posibilidades?

—En absoluto. Tu única esperanza es... precisamente... tu hija... por su hermosura...

—;Qué dices, Ching-Li? ¿Mi hija? No comprendo...

—El Emperador, al verla...

—¿Supones que San-San merecerá el honor de gustar a Su Majestad?

—Estoy seguro de ello, porque tu hija es un
dechado de perfecciones.

—Pero no conociendo las costumbres de la Corte...

—Si tú lo deseas, yo me brindo, en nombre de nuestra buena amistad, y para tu rehabilitación.



—Yo te amo, San-San, porque eres la mujer que Dios me ha destinado.

tación y también para merecer favores de Su Serenidad Celestial, a educarla, durante unos meses, en mi casa de campo, para evitarle el roce con sus antiguas amistades.

—Te agradezco tu generosidad, Ching-Li, y

es tal mi deseo de rehabilitarme, que no titubeo en aceptar lo que me propones. San-San no se opondrá, y si se opusiera... sería inútil.

—Es preferible no apresurarse demasiado... El Emperador se halla actualmente ausente... Cuando regrese le hablaré de tu hija... luego te presentaré a ti para que le implores su perdón... y so pretexto de que San-San está lejos, en un pensionado, por ejemplo, dejaremos que transcurra el tiempo necesario para que su educación sea completa y agradable a nuestro soberano.

—Me entrego en tus manos, Ching-Li.

—Ahora soy yo quien agradece tu confianza.

**

Deslizábanse los días llenos de ventura para San-San y Warden.

Los temores de la dulce doncella habían desaparecido. En los brazos de su amado se sentía fuerte y nada podían los prejuicios de su raza.

Alguna vez que ella le recordaba la prohibición que existía en las costumbres de su país de unirse una indígena a un extranjero, Warden la interrumpía, besándola apasionadamente.

—Nuestro amor es sincero, San-San, y no morirá jamás. Si tú me quieres, no debes escuchar otros consejos que los que te dicte tu corazón.

Y ella le creía, porque le adoraba... y cierto atardecer, ocultos junto a un dosel de verdeante vegetación, sus protestas de cariño fueron tan inmensas que se juraron, y lo juraron con locura, que jamás en la vida podrían olvidarse...

Ching-Li seguía esperando el momento oportuno para trasladar a San-San a su casa de campo.

Pasaron unos meses. El amor, cada día más creciente, de San-San y Warden, prometía fruto. Ella le hizo la inesperada revelación con alegría, tristeza y temor.

—Pero, ¿es que no tienes plena fe en mí, San-San, que te veo llorar cuando lo que me anuncias llena mi alma de felicidad? ¿No eres acaso ya mi esposa?

—Soy tan feliz, John... que no me parece duradera mi dicha.

—¡Bah! Benditos tus celos, mi bien, pues ellos me demuestran cuanto me amas.

—¿No te separarás nunca de mí?

—¡Nunca! Y basta. No quiero que me hables así. Yo he de ser para ti, ahora y siempre, el único hombre que besó tus labios.

—Sí, John... Sigue... Necesito escuchar tus palabras de aliento... Mi vida es tuya... y no ya sólo mi vida... sino *nuestras* vidas...

—Yo te prometo que antes de un mes lo sa-brá todo tu padre.

—Oh, sí!

—Si él renegase de ti, huiríamos a mi patria.

—Sí, sí!

—Quiero verte siempre sonriente, ¿lo oyes? Esas lágrimas son dulces, porque sabes que te amo, pero no han de salir más de tus ojos. Sonríeme, mi niña amada, sonríeme...

Pero el hombre propone... y el Destino dispone.

Warden fué llamado a Shanghai para intervenir en ciertos asuntos del consulado de dicho puerto.

San-San, al despedirle, le recordó su promesa.

—Mi ausencia será breve, mi bien. A mi regreso recibirás un regalo que te hará feliz.

—Te esperaré hora tras hora suplicando a todos los dioses que no te suceda nada malo.

Durante la ausencia de Warden, Wong-Li recibió una carta de su amigo Ching-Li, por la que le decía:

Mi casa de campo está ya preparada para recibir a tu hija. Habrá en ella una institutriz que será, sin duda, de su agrado. Si San-San se presta a aprender, en poco tiempo estará en condiciones de alternar con nuestra nobleza. Os espero.

Ching-Li

Wong-Li no vaciló en acudir al llamamiento de su amigo. Habló con su hija.

—San-San, debemos marcharnos inmediatamente. Se trata de mi rehabilitación, y tú pue-

des ayudarme y ayudarte a ti misma a que se abran a nuestro paso las puertas de los mejores salones. Yo recuperaré mis bienes confiscados, y tú llegarás a ser una alta dama en la Corte.

—Vivimos felices aquí, y mi deseo es no cambiar de vida.

—Nuestro nombre ha de ser rehabilitado, y no puedes negarte a obedecer a tu padre.

—Si me obligas a abandonar esta casa, me moriré de pena.

—Pronto olvidarás estas paredes cuando sepas lo que te espera.

San-San protestó enérgicamente, pero su padre no se ablandó ante sus exclamaciones. Por un momento pensó la infeliz que iba a confesar a su deudo sus amores con Warden, pero precisamente el miedo a que para alejarla del americano el viejo la ocultara en impenetrable encierro, la hizo callar.

Y al día siguiente San-San, vigilada desde la víspera por Wong-Li, para que no pudiera comunicarse con nadie, como lo hacía temer su inaudita rebeldía, partió llena de amargura, desconociendo su rumbo.

La casa de campo de Ching-Li era sumptuosa y había en ella una legión de servidores.

Al llegar, Wong-Li dijo a su hija, amenazándola con ejemplar venganza si le desobedecía:

—Aquí vivirás mientras yo lo quiera. Una

dama se encargará de educarte para que conozcas las costumbres de la Corte. Procura corresponder a los esfuerzos que para que te veas colmada de honores por ti hago. No podrás salir nunca sola. Si lo hicieses, un castigo caería sobre ti. Ten en cuenta que la casa está muy vigilada.

San-San no acertaba a comprender cuanto ocurría. ¿En qué casa estaba? ¿Por qué su padre se empeñaba en convertirla en gran señora? Sólo el pensar en Warden y en la posibilidad de que por un medio u otro éste se enteraría de su paradero, le daba ánimo para seguir viviendo.

Wong-Li no volvió a su casa. Quería romper con lo que podía llamarse el pasado, evitar tener que dar detalles acerca de la desaparición de San-San.

Y acaeció que Warden, habiendo recibido órdenes en Shanghai de trasladarse a un consulado de la América del Sur, regresó a su antiguo puesto, para entrevistarse con San-San, y luego con Wong-Li, para decidir el matrimonio con la que ya era suya por la fuerza del amor; no encontrando a nadie en la casa.

Extrañado, Warden inquirió el paradero de su amada, pero nadie supo darle razón del mismo. Sólo sabían que se marcharon con los primeros resplandores de un amanecer; y no habían vuelto a saber de ellos.

Un remordimiento intenso se apoderó del di-

plomático. No debía haber dejado a su mujer durante su ausencia, expuesta a que su padre descubriese la verdad y se vengara pagando ella sola la culpa a la que él la empujara en un momento de debilidad.

Todas cuantas investigaciones le parecieron oportunas las hizo Warden prestamente, pero ninguna de ellas le dió el menor resultado.

Por último buscó protección en su amigo el Embajador.

—¿Cómo reclamar a las autoridades a la que es mi esposa?

—Las leyes del país irían contra usted en lugar de prestarle apoyo.

—Pero ¿es que debo renunciar a ella, a la madre de mi hijo que está próximo a nacer?

—Sé que le voy a causar un gran disgusto, amigo Warden, porque comprendo que usted ha amado de veras a esa muchacha, pero mi afecto hacia usted me impulsa a aconsejarle que se traslade a la América Latina, para ocupar su cargo de vice-cónsul.

—No podré olvidarla.

—Las mayores penas llegan a olvidarse...

—¡La quería tanto!

—Lo sé... y por eso le compadeczo. Partirá usted, ¿no es eso? En seguida, ¿verdad?

—En seguida, no... Esperaré una semana más... Quiero intentar nuevas pesquisas...

Durante los días que siguieron nada logró

tampoco saber Warden acerca de San-San, y al fin cayó en la creencia popular de que su esposa, su único amor, había recibido sentencia



—Buen viaje, Warden... y le deseo mucha resignación.

de muerte de su padre por haberse unido a un hombre extranjero.

Desesperado, convencido de que no conseguiría más que enloquecer obstinándose en descubrir la verdad de lo ocurrido, aceptó el consejo del Embajador y preparó su equipaje para alejarse hacia otros horizontes.

—Buen viaje, Warden... y le deseo mucha resignación para olvidar. En lo que haya sucedido usted no tiene culpa. Si pecó fué por exceso de prudencia, y acaso ésta era también necesaria...

—Adiós, mi buen amigo. En este apretón de manos dejo más que pura amistad... la expresión de mi dolor... Mi corazón queda en esta tierra...

**

La educación de San-San tocaba a su término. Ching-Li, astutamente, habló de la linda y supuesta doncella al Emperador.

—Tráemela.

—Es hija de Wong-Li, Majestad, y vos recor daréis que le despojásteis de honores y bienes... El pobre está desesperado... A vos os sería tan fácil pronunciar una palabra...

—Tráeme al mandarín.

Wong-Li entrevistóse, con Ching-Li como introductor, con Su Serenidad Celestial.

—Se te acusó en un tiempo de conspirar contra el Gobierno, y mereciste que se te expulsara de la Corte.

—Señor, fueron calumnias. Siempre fuí leal a vuestra política.

—Ching-Li dice que estás dispuesto a que tu hija sea dama de mi palacio. ¿Es eso cierto?

—San-San hará lo que Vuestra Majestad ordene.

—Bien... Olvidaré tu condena... Espero a tu hija. Deseo conocerla.

San-San fué mandada llamar. Vistíeronla como a una reina, para deslumbrar con sus ropas, sus joyas y su belleza al Emperador, y la condujeron a palacio.

Pero San-San tenía un secreto, desconocido para todos menos para la noble institutriz, que huyó de la casa de Ching-Li cuando su educanda salió con los enviados de palacio.

¡San-San era ya madre! ¡Su hijito, oculto bajo la valiosa capa que la cubría por entero, bebia en las sagradas fuentes de su pecho!

El Emperador, Wong-Li y Ching-Li esperaban impacientes el momento de la aparición de San-San. —

Con paso lento, la dulce madre avanzó hacia el trono, y al llegar a los pies del mismo hincó sus rodillas en el suelo pesadamente, abrió la capa y quedó al descubierto el tierno infante.

—¿Qué es esto? — inquirió, montando en cólera, el Emperador, temiendo haber sido objeto de burla.

—¡Es mi hija, Majestad!

—¿Tu hija, maldita? — clamó el asombrado padre.

Ching-Li temblaba. La cólera del magnate caería sobre su cabeza y sobre la de Wong-Li.

—¡Padre mío! ¡Soy la esposa de un hombre extranjero! ¡Quería decírtelo todo, pero temía,



—¡Es mi hija, Majestad!

y creí merecer la clemencia de nuestro Emperador!

A una orden de éste varios soldados apoderáronse de Wong-Li y lo encerraron en un calabozo, por no haber sabido guardar a su hija.

Luego, con la sonrisa en los labios, el soberano dijo a San-San:

—Levántate, mi alegre rayo de sol.
Ella le obedeció maquinalmente.
—Tu hermosura dulcifica mi cólera. Quédate... Se cuidará a la niña...
—Señor, mi corazón no me pertenece. Lo dí a mi esposo... y sabré esperarle siempre.

En el rostro del Emperador se dibujó una mueca de desagrado, pero volviendo a sonreír, prosiguió:

—La esposa fiel tendrá su recompensa... Vivirás libre en el Jardín de la Paz.

Descorriéronse unas cortinas y pronto se vió San-San, sola, en un pasillo que conducía a un jardín.

El primer impulso de la madre fué huir, para reunirse con el esposo, pero de ambos lados del pasillo, surgiendo de detrás de unos cortinajes, se clavaron en su cuerpo numerosas lanzas, que la derribaron sin vida, milagrosamente en salvo la niña.

Uno de los soldados que habían recibido la orden de dar muerte a la que se había negado a ser amable con el magnate, iba a hundir su lanza en el cuerpecito de la niña, que se llamaba Toy, pero el Emperador le detuvo el brazo.

—La niña mestiza vivirá... Será la divisa de que el Este y el Oeste son incompatibles.

Y la niña fué separada del ensangrentado pecho de su pobre madre, de la que había muerto por haber amado al amor, sin distinción de casta.

**

Toy vivió en la Corte Imperial.

Creció sin defectos, entre la envidia de sus compañeras, porque era bella y distinguida, y así alcanzó esa edad en que los ojos expresan la melancolía del alma.

Una de las muchachas que vivían en palacio complaciérase en burlarse de Toy, y llegó día en que osó insultarla sin consideración.

Toy miraba, como si soñara, la bandera norteamericana que flameaba en el edificio de la Embajada, situada frente a la residencia imperial.

—Miren a la americanita contemplando ese trapo estrellado... Se morirá suspirando...

Toy contestó:

—No pertenezco a nadie ni a ninguna parte.

—Porque eres una nadie... y porque no tienes ascendiente. Tu madre fué...

—¿Qué tienes tú que decir de mi madre? Toma, para que no se te ocurra volver a pronunciar ese nombre.

Le dió un golpe en el rostro con un abanico. Acudieron las otras compañeras, pero Toy, haciendo frente a todas, exclamó, retirándose hacia otro aposento:

—Odio a todo el mundo! ¡Dejadme! ¡No quiero veros!

Un hombre apareció ante Toy en la pieza que voluntariamente había elegido para rehuir el contacto de sus compañeras.



—¿Qué tienes tú que decir de mi madre?

Toy volvióse al oír pasos quedos que se acercaban.

Vió a un guardia particular del Emperador. No temió nada. En las miradas del desconocido leyó Toy que no llegaba hasta ella con mala intención.

—Soy Yuan Loo, un amigo tuyo, dispuesto a ayudarte.

—Yo te conozco.

—He visto durante mucho tiempo cuanto sufres aquí, y quiero hacer una buena acción.

—¡Oh! Durante diez y ocho años me han despreciado y se han burlado de mí.

—Lo sé... y no quiero verte sufrir más. Te ayudaré a irte al país de tu padre.

—¿Huir?

—Sí... ¿No quieres?

—¿Y me lo preguntas? ¡Si no deseo otra cosa!

—Cuando cambie la guardia nocturna vendré a buscarte.

Las horas transcurrieron lentas, pero al fin Toy, con su hatillo debajo del brazo, vió reaparecer a Yuan, dispuesto a todo por ella.

Salieron en dirección a la puerta menos vigilada, tomando toda clase de precauciones. La salida se hacía difícil, pues dos guardias no se movían de allí. Yuan no titubeó en jugarse la vida, y aprovechando el paseo de uno de los guardias, cayó desde una escalera sobre él, matándole, no sin haber corrido el riesgo de morir él. El otro guardia acudió a auxiliar a su compañero, pero también logró desarmarlo Yuan, pudiendo, al fin, dar la anhelada libertad a Toy.

A la mañana siguiente, la mestiza presentóse en la Embajada Americana y solicitó del Embajador facilidades para trasladarse a la patria de

su padre, ignorando quién era éste, pero deseosa de vivir bajo el mismo cielo que él, como su madre lo habría hecho de no haber sido tan vilanamente asesinada.

El Embajador se portó muy caballerosamente con Toy, y gracias a su protección, llevada hasta el máximo, pudo la mestiza abandonar el país ingrato de su desventurada madre.

Fué dirigida a Manila, con una carta del Embajador americano en Pekín para el coronel Broughs, jefe del hospital militar.

El teniente Felipe Herbert, que se encargó de introducir a Toy cerca del Coronel, quedó prendado de sus encantos, y merced al interés que ella le inspiró apenas la viera, la gentil muchacha obtuvo un empleo envidiable en el departamento de enfermeras.

Abrióse una nueva vida para Toy. Camino de rosas que contrastaba con el de abrojos que recorriera hasta entonces sin una nota de paz...

El teniente Herbert fué para Toy el fiel guía en la nueva senda, y poco a poco la simpatía que mutuamente se inspiraron convirtiéronse en cariño verdadero. La luz de sus ojos los inundaba de esperanza.

Un día, desbordando su timidez, Herbert susurró palabras gratas al oído de Toy. Ella le escuchó con embeleso, pero cuando el enamorado pronunció la última estrofa del verso de su de-

claración, ella, recordando el ayer de su vida, le dijo con tristeza:

—Existe una barrera entre nosotros...



—Existe una barrera entre nosotros...

La tragedia del pasado hacía frente al amor del presente.

—Mi madre era hija de un mandarín y mi padre americano. Los separaron... Ella murió... Cumplióse la tradición de Oriente...

El Teniente apresó a Toy entre sus brazos,

y mirándola fijamente, sin hacer caso de prejuicios funestos, respondióle:

—Te amo porque tú eres tú... y nos casaremos.

**

Toy opuso reparos a unirse a Herbert, y éste, insistiendo en su pretensión, personóse con ella en casa del Gobernador.

—Señor Gobernador, me voy a casar — anuncióle el Teniente.

—Le felicito, Herbert.

—Esta señorita es la elegida de mi corazón.

—¿No la he visto yo en alguna parte? — preguntó el alto funcionario a Toy, no quitándole la vista de encima.

—Seguramente, señor Gobernador — replicó Herbert. — Debió usted verla en nuestro hospital. Es la mejor enfermera que tenemos.

—Eso es muy honroso para usted, señorita.

—No hago más que cumplir con mi deber, señor.

—Hemos venido a verle, señor Gobernador, para explicarle nuestro caso, porque la señorita Toy se obstina en creer que puede haber algún inconveniente en nuestra unión.

—Sí, señor Gobernador... Mi padre era americano y mi madre hija de un mandarín chino...

—¿Qué opina usted, señor Gobernador? Toy quiso hacerme ver que eso levantaba una barrera entre nosotros; pero yo no le doy la menor importancia.

La primera autoridad civil reflexionó breves momentos, y como apoyándose en un hecho indiscutible, sentenció:

—Pues yo opino que ustedes no se pueden casar.

Toy, confirmada su cruel sospecha, llevóse el pañuelo a los ojos.

El Teniente, sorprendido por la respuesta del Gobernador, protestó, defendiendo su pasión hacia la mestiza.

—Yo amo a esta mujer y me casaré con ella, pese a quien pese!

—¿A qué vino usted aquí, pues? Teniente Herbert, con mi autoridad le ordeno que, al mando de la compañía B., salga inmediatamente para Mindanao.

—Me retiraré del Ejército!

—Teniente Herbert, usted sabrá lo que hace!

Toy adoraba al oficial, pero antes que éste cometiera una locura, sacrificando su carrera y su porvenir por ella, decidió poner fin a su vida. El recuerdo de la tragedia de su madre era continua obsesión en ella.

Mas he aquí que llamaron a la puerta de su dormitorio en el hospital.

—El coronel Burroughs ordena que salga us-

ted inmediatamente para la residencia del Gobernador. Su Excelencia ha enfermado repentinamente.

El cumplimiento de su obligación se sobrepuso al deseo de morir. Acudió presurosa al lado del enfermo, sin rencor por su negativa a dar el consentimiento al teniente Herbert para desposarse con ella; y por la noche, velando al paciente, que deliraba, oyó, con asombro, unas palabras que hicieron vibrar su corazón.

—San-San, esposa mía...

El Gobernador no había olvidado nunca a su adorada mujer que le fuera arrebatada cuando se disponía a llevársela consigo para siempre.

La conversación sostenida aquella tarde con el teniente Herbert y Toy, le había hecho recordar su triste aventura, y arrepintióse de haberse negado a la felicidad de la pareja haciendo caso de lo que a él le había ocurrido. ¡No, no podía oponerse a que se casaran! Si San-San no alcanzó la felicidad merecida fué porque él no supo defenderla a tiempo contra todos los prejuicios de su raza. Herbert no debía vacilar. Si quería a Toy debía tomarla por compañera y disputársela sin reparo, sin ocultarse, a todos, como algo de sí mismo.

La revelación, por el nombre de su madre, de que el Gobernador era el propio Warden, el padre desconocido, sugirió a Toy, además de causarle indescriptible alegría, la idea de ves-

tirse el último atavío de la que le dió el ser y muriera sin gozar de sus caricias.

Así lo hizo, y cuando el Gobernador, al despertar de su desvarío, vió a Toy junto a sí idéntica que San-San, le tendió los brazos y murmuró:

—¡San-San! Dios te ha enviado a mí.

—No, padre, yo no soy San-San, sino Toy, tu hija.

—¿Mi hija? ¡Oh, sí! ¡Lo presentía! ¡Ven a mis brazos!

San-San, desde el paraíso de los buenos, contemplaba sonriente la emocionante escena, y como empujado por ella, velando por su hija, el teniente Herbert iba a buscar a su amada; y el Gobernador, al verle, se la entregó, diciéndole:

—Cásese con mi hija, teniente Herbert. El amor no ha de reconocer fronteras, ni debe ocularse nunca...

Obrando así, Warden enseñaba a amar.

FIN

*En esta novela exija usted la postal-obsequio de
RAQUEL MELLER*

PRÓXIMO NÚMERO:

La novela dramática

UN HOMBRE SIN NOMBRE

por WILLIAM S. HART

Producción PARAMOUNT

Postal-obsequio: WALLACE REID

32 páginas = Numerosas fotografías

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes: Precio: 30 cts.

¿Ha comprado usted ya el último
libro de

Los Grandes Filmes

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

titulado **BOY**

película nacional según la famosa obra del
Rdo. P. COLOMA?

Próximo número:

LA CONQUISTA DEL AMOR

por AILEEN PRINGLE y EDMUND LOWE

:SIEMPRE LO MEJOR:

75
IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revisas y Publicaciones, S. A.
Barborá, 18, BARCELONA. Ferro, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IBIZA

J. Horta, impresor. - Barcelona

